

## 011. Dios, mi Padre

Bien, ¿y qué sabemos de Dios?... Sería bonito que nos metiéramos ahora en grandes teologías, que ni están en mí ni les interesan seguramente a ustedes.

Jesucristo nos ha revelado a Dios, y la gran revelación de Jesús sobre Dios es ésta: que Dios es nuestro PADRE:

- *Y cuando oren, digan: ¡Padre nuestro!*

Jesús, que sabía muchas cosas de Dios, se limitó a decirnos esto. Señal de que era lo más importante. Señal de que era lo único importante. Lo demás, dejémoslo que lo discutan los sabios en las escuelas...

Jesús estaba convencido de que Dios era SU Padre y de que Él era el Hijo de Dios. Si estaría convencido de ello, y si sentiría que Dios era su Padre, que sólo en el Evangelio de Mateo sale la palabra PADRE cuarenta y cuatro veces, y en el Evangelio de Juan ciento quince veces.

Si así consta en el Evangelio escrito, ¿cuántas y cuántas veces lo diría de simple palabra?... Y lo decía, además, con una palabra original, ABBA, que equivale a nuestro cariñoso “papá”, “papaíto”. Así, así de tiernas eran las relaciones de Jesús con su Padre Dios.

Si ahora Jesús nos dice que ese su Padre es también nuestro Padre, ya se ve lo que es Dios para con nosotros: todo amor, todo providencia, todo cuidado, todo ternura...

Y nos indica también lo que debe ser nuestra vida para con Dios: todo amor, todo confianza, todo abandono en Él, todo seguridad, todo cariño...

Leo en la vida de una santa que se hallaba una vez muy deprimida, muy temerosa. Tenía miedo de todo, tenía miedo hasta de su propia salvación. En su angustia, se pone en oración, y comienza llamando a Dios *¡Padre!*. Entonces mismo tuvo la respuesta de Dios, que le dijo claramente:

- *Si me llamas Padre, ¿por qué tienes miedo?* (Sor Isabel de Santo Domingo)

Esta respuesta de Dios vale por mil lecciones. Podemos y debemos tenernos miedo a nosotros mismos, porque podemos fallar a Dios. ¿Pero, que Dios nos falle a nosotros? ¡Eso, jamás!

De donde se sigue que nuestra actitud ante Dios es, ante todo y sobre todo, de una confianza y un abandono sin límites en sus manos, lo cual nos llevará también a un amor lleno de cariño.

Ya se ve también que quien se siente hijo o hija de Dios es la persona más santamente orgullosa. Porque sabe que tiene un Padre, ¡el cual es nada menos que Dios!

No es lo mismo decir: *Dios es mi Padre*, que decir: *¡Mi Padre es Dios!*...

Aunque las dos expresiones parezcan decir lo mismo, ¡hay que ver la diferencia que existe entre una y otra!

Uno que dijera: *El Presidente de la República es mi padre*, lo diría ciertamente con orgullo.

Pero lo dice con mucho más orgullo, si afirma: *¡Mi padre es el Presidente de la República!*...

A nosotros la mente, el corazón, la boca se nos llenan de orgullo divino al vernos tan grandes, tan ensalzados, tan superiores al mundo entero, porque podemos decir: *¡Mi Padre es Dios!*...

Jesús saca otra consecuencia cuando nos dice que Dios es nuestro Padre. Nos dice que Dios nos cuida, nos mimar, con más providencia que la que gasta con el pajarito del aire o con la flor del campo...

Por eso, nos escucha siempre cuando le pedimos algo, y no tiene la mala ocurrencia de darnos una piedra en vez de un pan, una serpiente en vez de un pescadito, o un escorpión en vez de un huevo..., porque nos dará nada menos que el *Espíritu Santo*, el último y el más grande regalo que nos mereció Jesús con su muerte redentora.

Esta fe en la paternidad de Dios nos quita todo temor y toda angustia en la vida.

Nos hace ser prudentes, pero no admite el miedo en nuestras almas. ¿Miedo del papá? ¡Eso nunca!

Al papá se le respeta, que es cosa muy diferente.

Y se confía siempre en el papá, porque un amor recio y responsable como el de un padre no se encuentra en parte alguna. Y no hay padre que iguale en bondad a Dios...

Hoy nos encontramos dentro de la Iglesia con nuevas ideologías. No digamos con nuevas doctrinas, porque esto no es cierto. La Iglesia, desde el principio hasta hoy, y desde hoy hasta el final del mundo, ha creído y creará siempre lo mismo.

Lo que ocurre es que cada época tiene su manera de mirar las verdades reveladas por Dios de una manera peculiar, según las corrientes de la sociedad.

Y al pensar hoy en Dios, se corre un doble peligro.

Si se mira lo mucho que el mundo peca y cómo tantos se alejan de Dios, no se puede dejar de mirar a Dios con un poquito de miedo: no por Dios, sino por los hombres que lo rechazan o lo dejan de lado. *Porque de Dios no se va a reír nadie*, nos dice San Pablo... (Gálatas 6,7)

Pero también podría pasar lo contrario: mirarlo con miedo, teniendo delante al Juez y no al Padre.

Nosotros, con el Evangelio en la mano, miramos a Dios como *Padre*, como el *Padre nuestro*, al que respetamos a la vez que lo amamos.

Cuando el joven Francisco de Asís se vio desheredado por su padre, comerciante, el muchacho valiente se desnudó, arrojó la ropa al suelo, y dijo, al quedarse sin nada:

- ¡Muy bien! ¡Así podré decir mejor: *PADRE NUESTRO!*...

Como se lo decimos nosotros con expresiones de San Pablo:

- ¡*Padre Eterno, Padre de nuestro Señor Jesucristo, y Padre nuestro Celestial!*